

## 016. San Juan de la Cruz

Si queremos encontrar un ángel en carne humana o un hombre del todo angelical, vayamos a San Juan de la Cruz, pues no nos vamos a equivocar. Cuando escribe sus poesías —lo más fino que tenemos en nuestra lengua española—, Juan es un hombre que mira al cielo, y nos revela en ellas los misterios de Dios como quien los está viendo y viviendo ya en la gloria... Escribe en la tierra como *En una noche oscura*, y nos habla del amor divino como de una *Llama de amor viva*... El cielo y la tierra, el hombre y el ángel, el peregrino y el bienaventurado se encuentran maravillosamente vivos y presentes en Juan de la Cruz, místico por antonomasia y Doctor de la Iglesia.

Juan de la Cruz es el joven compañero que Dios regala a Teresa de Jesús para la reforma de la Orden Carmelitana. Estrechamente unidos en la oración y en el mismo ideal, abrazados los dos apasionadamente a la cruz, Teresa y Juan arremeten con una empresa divina, casi sobrehumana, y los dos llegan a ser, por sus escritos profundos, los Maestros consumados en las ciencias del espíritu.

Juan es hijo puro de Castilla: serio, reflexivo, austero, abierto a grandes horizontes... De pequeño, juega con su hermano y otros compañeros junto a un estanque, cae en las aguas cenagosas, se hunde hasta el fondo, y ve el chiquillo cómo una Mujer muy hermosa le tiende la mano. El niño no le quiere alargar la suya, porque la tiene muy sucia del fango y la Mujer es tan bonita, pero la Mujer aquella lo agarra y lo saca a flote. La Virgen María lo ha librado de una muerte segura. Y sin hablarle, es como si le dijera con este hecho: *Juan, no temas nada en tu vida, y no te hundas nunca, que yo estaré siempre contigo...*

Juan, de humilde familia campesina, tiene oportunidad de estudiar Humanidades en un prestigioso colegio de Padres Jesuitas, y acabará sus estudios graduado en la célebre Universidad de Salamanca, que por aquellos años del siglo dieciséis cuenta con los Maestros más insignes de su brillante historia. Tiene Juan, por lo mismo, una preparación literaria y doctrinal de primer orden.

A los veintitrés años, es fraile carmelita y sacerdote. Tan joven aún, se encuentra con Teresa de Jesús, que lo conquista para su empresa de la reforma del Carmelo. *¿Quieres dedicarte a la oración y penitencia? ¿Y quieres para eso meterte en la Cartuja? No hace falta. Sigue siendo carmelita, pero vente conmigo adonde yo te diré...* Teresa contaba ya para la reforma con un Padre carmelita y ahora se hace con Juan. Con una frase suya que se ha hecho célebre, y aludiendo a la pequeña estatura y juventud de Juan, se lo comunica a sus monjas: *¡Ya tengo fraile y medio!...* Sólo que este *medio*, este trocito nada más de fraile, se va a convertir bajo la dirección y con los ánimos de Teresa en un verdadero gigante de la santidad...

Sus hermanos de Orden que no están conformes con la reforma le hacen una guerra implacable. Cosas de aquellos tiempos, y que entraban en los planes de Dios para formar a su elegido en vistas a la misión que le tiene confiada. Para desviarlo de su propósito, el superior le ofrece comodidad, estudios especiales, cátedra, todo lo que podía hacerle la vida feliz dentro del convento. Juan escucha serio y responde con frase lapidaria: *Quien busca sólo a Jesucristo Crucificado, no necesita nada de todo eso.*

Como no han servido los halagos, Juan es encerrado en dura prisión dentro de la ciudad de Toledo, donde sufre penalidades, humillaciones y dolores inimaginables. Pero no es

ningún tonto ni ningún cobarde. Con paciencia infinita va aserrando poco a poco las rejas de la ventana. Nueve meses dura la operación, y cuando ya está todo a punto, y a mitad de la noche, quita la reja de un tironcito, se descuelga por la ventana y huye a través de las calles oscuras y solitarias. Alcanza el convento de las monjas Carmelitas, que lo esconden con amor y le dan de comer, pues está medio muerto. Ya de día, celebran una fiestecita en el mismo locutorio, y la Priora hace cantar a dos novicias estos versos de autor desconocido:

“Quien no sabe de penas - en este valle de dolores - no sabe de cosas buenas - ni ha gustado de amores, - pues penas son el traje de amadore”s.

Al oírlos, Fray Juan no puede con la emoción: *¡Callen, callen, no sigan!...* Se tiene que agarrar a la verja, y cae en éxtasis durante más de una hora...

A partir de ahora, la vida de Fray Juan de la Cruz será como la de Teresa: recorrer toda España fundando conventos de la Orden reformada. Formar a los jóvenes, donde está toda la esperanza.

Además —y aquí va a haber una providencia grande de Dios—, Juan escribe. Escribe sus experiencias místicas, aunque con un estilo muy diferente que Teresa. La Santa describe de manera desenfadada, natural —*"escribo como hablo"*, dice graciosamente—, mientras que Juan de la Cruz lo hace académicamente, con todas las reglas de la lógica y del arte, de modo que sus escritos son una obra maestra, y lo convierten en uno de los mejores clásicos de nuestra lengua.

Su vida responde a su nombre: ¡De la Cruz!, porque es una crucifixión ininterrumpida. Pero es lo único que él busca.

Un día se le aparece Jesús y le pregunta: *¿Y qué quieres por tanto como has hecho y sufrido por mí?* Juan le da la respuesta sublime: *¡Señor, padecer y ser despreciado por ti!* Teresa de Jesús, que lo quiere más que a un hijo, dice de él estas expresiones: *Ese santico de Fray Juan..., cuyos huesecicos harán milagros..., hombre celestial y divino..., que no he hallado en toda Castilla otro como él, ni que tanto encienda en el camino del cielo...*

Juan tiene en sus escritos una frase famosa, hoy tan repetida: *-A la tarde te examinarán del amor.* Le ha llegado a Juan el atardecer de la vida. Consumido de dolores, muere a mitad de la noche cuando hubiera tenido que ir al coro a cantar los maitines. Los fue a cantar al Cielo, pues en el examen del amor debió sacar el sobresaliente con la calificación más alta...